

dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cástate con ella;* y dice bien, porque en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y este muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entónces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4.º y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfien de sus mas constantes adoradores: que ántes de decidirse, examinen bien el corazon de aquel que las incline, y cuando se miren *suyas*, traten de complacerlos cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el licenciado guiñándole el ojo le dijo: No va mal, señor cura: uno deja la apologia de las mugeres, y otro la toma. No hay que hacer, con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran, infelices de los hombres; ya no podriamos averiguarnos con sus mercedes. Si sin eso son tan endiandradas, ¡qué fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos carti-

tas? ¡Oh! entónces quisieran ensillarnos.

Cállese V. señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio: son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger, y luego la dejan en la pelaza, y hablan de ella.

Quien los vé cuando estan enamorando á una pobre muchacha, ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. Vaya, si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen. Pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas quién sabe como; y esto es á buen componer, sino es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que Fulana es una loca, una fea, una zonza y

una coquetilla comun, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada muger; y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y villares. Bien haya la que no se fia de ustedes como dice el señor cura, pues entre los hombres, apénas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me extiende mucho.

Con iguales expresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: Con mucho gusto lo haré, señorita; pero pues ya hemos concluido, y estan alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo D. Dionisio, V. está en su casa, y hará lo que quisiere; pero ya dias ha que prescribió esa costumbre. Tal vegestoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frailes y muchachos colegiales que comen en rectorio; pero en las casas decentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas decentes, dijo el cura, donde todavía está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer; y ciertamente me hace fuer-

za porqué no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los dias resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas gracias*; pero ¿qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, las damos á montones?

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bien estar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan expresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte adonde no queremos ó no podemos asistir, y nos excusamos con *muchas gracias*: nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa, y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay; y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas*.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado econó-

micos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos ménos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando ménos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte.

De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura, sin esperar respuesta, porque no la tenia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: Si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta religiosa sesion, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO II.

Refiere el cura las versos, y se trata sobre la profandidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

Ciertamente, señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermon; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó